

pués de su crimen; y al mismo tiempo que pedía á Felipe II la recompensa de su gran servicio, reanudaba las relaciones con Ludovico de Nassau, que acababa de salir de Mons, y seguía negociando con los protestantes de Alemania, recomendando á Schomberg «que no dejara entrar en el entendimiento de los príncipes la idea de que lo que se ha hecho al almirante y á sus cómplices se haya hecho en odio á la nueva religión ni para la extirpación de la misma, sino solamente para castigo de la criminal conspiración por ellos tramada.» El Legado, que era portador de las felicitaciones de la Curia romana, esperó largo tiempo en Avignon el permiso para proseguir su viaje, y á su entrada en París no recibió los honores acostumbrados ni pudo conseguir del rey que se adhiriese á la Liga contra el turco ni que admitiese el Concilio de Trento. Estas desatenciones tenían por objeto convencer á los soberanos y á los pueblos protestantes de que habían interpretado mal el carácter de las matanzas de San Bartolomé. Monluc, enviado á Polonia para apoyar la candidatura del duque de Anjou, hacía idénticas declaraciones, y Catalina no dudaba de que los protestantes polacos votarían á su hijo. La reina madre había olvidado por completo aquellas sangrientas jornadas.

Todo parecía irle viento en popa, pues dirigía los negocios públicos con autoridad plena y tranquila sin temor á una posible rivalidad. Al casar á su hija con el rey de Navarra había contado ya con debilitar á la oposición protestante; pero la realidad sobrepujaba á sus esperanzas: Enrique de Borbón, amenazado de muerte si no abjuraba, se había convertido y los hombres como Coligny, á quienes habría sido imposible conquistar, habían desaparecido; de suerte que los hugonotes quedaban sin jefes, sin consejeros y casi sin capitanes. ¿Qué podrían los simples hidalgos, los burgueses y los soldados del partido contra todas las fuerzas de la monarquía? Catalina saboreaba plenamente la dicha del triunfo, y cuando en la fiesta de investidura de los caballeros de San Miguel (29 de septiembre) vió pasar, entre los recién promovidos, á su yerno convertido al catolicismo, no pudo contenerse: largo tiempo le contempló, y cuando le vió inclinarse con gracia suma delante del altar y delante de las damas, volvióse á los embajadores y prorrumpió en una alegre carcajada.

CAPITULO V

UNIÓN DE LOS HUGONOTES Y DE LOS DESCONTENTOS (I)

- I. El sitio de la Rochela. — II. El Mediodía protestante.
III. Los complots del duque de Alençon

I.—El sitio de la Rochela

Las matanzas de París, la reproducción de las mismas crueldades en las provincias (24 de agosto á 3 de octubre) y la desaparición de los jefes y de los principales capitanes del partido, habían espantado á muchos so-

(1) FUENTES: *Lettres de Catherine de Médicis*, IV. *Mémoires de l'Etat de France sous Charles IX*, 1578, II y III. Cauriana, *De Obsidione Rupellae*, ed. Delayant, 1836. Groen van Prinsterer, *Archives de la maison de Nassau*, 1.^a serie, IV, 1837. Lontchitzky, *Documents inédits sur l'histoire du Languedoc et de la Rochelle après la Saint-Barthélemy*, 1572-1574, París, 1873. Teu-

brevivientes: en París, el ministro du Rosier había abjurado, y en Dijón los protestantes habíanse convertido en masa. La clase media rica estaba dispuesta á humillarse, á pedir perdón de sus antiguas exigencias y á renunciar á la libertad del culto, si la monarquía consentía en dejarle la libertad de conciencia, sirviéndole de pretexto para disfrazar sus desfallecimientos con una razón de obediencia y de buen sentido las reales declaraciones que ordenaban se tratase consideradamente á los protestantes pacíficos. Y hasta los había que llegaban á detestar las gloriosas energías del partido y el que se hubiese recurrido á las armas para la defensa de las libertades religiosas. Un juriconsulto, Charpentier, escribía que la desgracia de los fieles sólo era imputable á sus jefes políticos (2), quienes les habían lanzado á aventuras en las cuales estaba interesada su propia ambición, y que la Iglesia de Cristo había acabado por ser un partido que tenía su organización, su ejército, su hacienda, sus jefes, sus embajadores y un nombre, «la Causa.» Al aniquilamiento de la aristocracia militar sucedían esas timideces de la clase media, enamorada de sus comodidades y temerosa de los golpes. Parecía, pues, justificada la idea de Catalina de que la fuerza del partido residía por entero en los jefes.

Pero, al pensar así, no se contaba con la democracia protestante ni con los ministros. Las masas, poco sensibles al interés y al miedo, permanecieron asombrosamente fieles á su fe; y los pastores, empapados del Antiguo Testamento y del recuerdo de los infortunios de Israel, no vieron en la catástrofe más que una prueba con la cual Dios templaba las energías y purificaba los corazones de sus elegidos. Y aquellos ministros, relegados hasta entonces á un segundo término por el prestigio y las susceptibilidades de los jefes militares, se convirtieron en los consejeros del pueblo y le inspiraron la resolución de defender la libertad religiosa y de castigar la traición y el perjurio.

let, *Corr. diplomatique*, V-VII. *Archives curieuses*, VIII. *Histoire de la Rochelle*, de Amos Barbot, «Arch. hist. de la Saintonge et de l'Aunis», XVIII, 1890. *Mémoires de J. Choinzin ou Discours... de l'élection du roy de Pologne*, «Pantheon littéraire.» La Noue, *Discours politiques et militaires*. Esteban Giry, *Histoire des deux sièges de Sommières*, «Pièces fugitives du marquis d'Aubais», II, 1759. *Mémoires de Brantome*, «S. H. F.», V, VI y *passim*. *Mémoires du vicomte de Turenne depuis duc de Bouillon*, 1565-1586, publicadas por de Ruble, «S. H. F.», I. *Chroniques fontenaisiennes*, publicadas por La Fontenelle de Vaudoré, 1841. Amyraut, *Vie de François de La Noue*, 1661. Haag, *France protestante. Pièces justificatives*.

OBRA DE CONSULTA: Hauser, *François de La Noue*, 1892. D. D'Aussy, *La faction du coeur navré*, «Revue de Quest. historiques», XL, 1886. Decrue, *Le parti des politiques au lendemain de la Saint-Barthélemy*, 1892. Lalanne, *Brantome sa vie et ses écrits*, 1896. D'Aumale, *Princes de Condé*, II. Dareste, *Essai sur Holman*, 1850. Duque de Noailles, *Henri de Valois et la Pologne en 1572*, 1867, 3 vol. D. Vaissete, *Histoire du Languedoc*, nueva edición, XI y XII, Tolosa, 1889. Menard, *Histoire de la ville de Nîmes*, V, 1875. Corbiere, *De l'organisation politique du parti protestant en France en 1573*, «Mémoires de l'Académie des Sciences et lettres de Montpellier», VIII, 1886-1887. Anquez, *Histoire des Assemblées politiques des réformés de France*, 1859. G. Weill, *Les théories sur le pouvoir royal en France pendant les guerres de religion*, 1891.

(2) Las recriminaciones de Pedro Charpentier no eran sinceras (véase John Vienot, *Un apologiste de la Saint-Barthélemy*, Fischbacher, 1903), pero expresaban indudablemente los sentimientos secretos de muchas almas protestantes sinceras.

Los primeros ensayos de resistencia en el Mediodía fueron tímidos, mesurados y revestidos de buenas formas, sea por un resto de lealtad, sea por el deseo de ganar tiempo. Montaubán cerró sus puertas á los soldados del rey; Nîmes esperó, para abrírselas, «un tiempo más benigno,» y los habitantes de Aubenas y de Privas, «untando la mano» á su gobernador Laugier, retardaron la fecha en que habían de recibir una guarnición. Los reformados juntaban víveres y armas y se ponían en estado de defensa; pero celebraban su culto de noche á fin de que no pareciese que desafiaban la declaración del rey, de 28 de agosto, y sus cartas á los gobernadores, de 3 de noviembre de 1572, que prohibían el ejercicio de aquél.

En la Rochela y en Sancerre, las dos plazas que la Reforma poseía aún en el centro del reino, la resistencia revistió un carácter más resuelto. La pequeña clase media y el pueblo contuvieron ó expulsaron á la alta clase media pacífica; y los armadores y marinos de la Rochela alimentaban la ciudad, mandaban en ella, y de acuerdo con los mendigos de mar, seguían pirateando, acechando y saqueando los barcos del Rey Católico. A la entrada del abra, en Chef de Baye, se celebraba el mercado de presas y se exponían al público los despojos de los españoles. La religión, el odio y el interés eran los sentimientos que animaban á aquellos corsarios.

En aquella Ginebra marítima se refugiaron los protestantes del Oeste y los soldados de Strozzi que habían desertado después de la noche de San Bartolomé; cincuenta hidalgos, mil quinientos soldados y cincuenta y cinco ministros reforzaron el partido de la resistencia y le ayudaron á imponer al Consejo municipal las resoluciones enérgicas.

La corte envió á la Rochela como gobernador á Birón que cuando las matanzas había salvado á varios protestantes; pero los rochelenses se negaron á recibirlo. El señor de Vigean, encargado de negociar con ellos, pudo á duras penas obtener un salvoconducto; de regreso de una entrevista sin resultado, fué atacado y herido de cinco estocadas (23 de octubre de 1572). El ministro Languillier llevó á Isabel una carta de los «vasallos y habitantes de la Rochela» en la que éstos le suplicaban que rompiera con «los que quieren exterminar á vuestro pueblo de la Guiana que de toda eternidad os pertenece y os está sometido.»

Birón recibió orden de poner sitio á la ciudad y tomó sus disposiciones para pasar el invierno al pie de sus murallas en espera del gran ejército que se reunía á las órdenes del duque de Anjou. Los rochelenses, sorprendidos por tan brusco ataque, no tuvieron tiempo de talar los alrededores, ni de juntar víveres, ni de consolidar sus murallas; pero en cambio tuvieron un jefe que el rey les proporcionó.

De todos los defensores de Mons, sólo uno había sido respetado por Carlos IX, La Noue, valiente entre los más valientes y leal como ninguno. El rey, para poder obrar libremente contra los protestantes del Mediodía, necesitaba la neutralidad de la Rochela, por lo que La Noue fué á ofrecer de parte suya á los rochelenses la libertad de conciencia y la confirmación de sus franquicias si consentían en recibir como gobernador á Birón. Los sitiados, como respuesta, propusieron al embajador el mando de la defensa, y consultada sobre ello

la corte, le permitió aceptar el ofrecimiento (noviembre de 1572). Autorizado por el rey, La Noue combatió á las tropas de éste, mientras exhortaba á sus correligionarios á que cedieran; organizaba compañías, consolidaba las murallas, realizaba salidas, destruía los trabajos de los sitiadores y no cesaba de recomendar la paz. La lealtad del Bayardo hugonote estaba tan probada que los soldados se lanzaban con entusiasmo al combate en pos de aquel caudillo que les predicaba la sumisión, y la corte, por su parte, esperaba del organizador de la resistencia la capitulación de la ciudad.

El pueblo y los ministros no querían oír hablar de rendición: La Noue representaba, á sus ojos, la fuerza



Medalla conmemorativa de la matanza de San Bartolomé mandada acuñar por el papa Gregorio XIII

del ejército real y la indiferencia de las potencias protestantes; y á todas aquellas consideraciones de la prudencia humana oponían los pastores los prodigios del Antiguo Testamento y las razones, para los siervos de Dios, de esperar contra toda esperanza. Cinco de ellos, delegados del Consistorio en el Consejo municipal, se declararon contrarios á que se firmase una paz particular en la que no estuvieran comprendidos todos los fieles del reino, diciendo que no debía pensar únicamente en la paz propia porque los Rubenitas y los Gaditas, «aunque establecidos al otro lado del Jordán, prometieron acompañar á sus hermanos (de las demás tribus) en las guerras que se presentaran y no regresar á sus casas hasta que sus hermanos estuvieran análogamente alojados y establecidos.» Era preciso, añadían, cumplir las promesas hechas á los protestantes del Mediodía, porque Josué cumplió su palabra á los Gabaonitas, tenidos por embusteros, y Dios castigó «en el pueblo y en la raza de Saúl la destrucción que éste hizo de los Gabaonitas, rompiendo la fe jurada por sus predecesores.» Los recursos, decía, se agotan; pero ¿acaso Dios abandonó Bethulia y Samaria? Esta era su esperanza suprema; y en esa argumentación que parece petrificada, circula el ardor de una confianza invencible en Dios, Padre de los débiles y de los oprimidos.

A pesar de La Noue, el Consejo rechazó la idea de un arreglo, y el pueblo, al ser consultado, declaró que una guerra justa era preferible á una paz vergonzosa. Algunos traidores que habían fraguado un complot para entregar la ciudad al duque de Anjou fueron ejecutados. La lealtad de La Noue exasperaba á los más violentos; un ministro, La Place, le trató de «pérfido, traidor y desertor de su partido» y le dió una bofetada. Convencido de que era preciso abandonar toda esperanza de traer á los rochelenses al buen camino, La Noue los abandonó y se pasó al campo realista (12 de marzo de 1573).

El duque de Anjou, al frente de un ejército numeroso, habíase reunido con Birón (11 de febrero de 1573) y su artillería abrió un fuego terrible. El Consejo de la ciudad envió á todo el mundo á trabajar en las fortificaciones y hasta las mujeres removieron la tierra, en tanto que los sitiadores avanzaban las obras de aproche hasta el borde del foso, llegando sus trincheras á tocar la contraescarpa. El día 22 de marzo los realistas dispararon más de 1.500 cañonazos, y el día 7 de abril dieron el asalto. Trabóse un combate furioso, en el que las mujeres arrojaron sobre los asaltantes piedras, alquitrán ardiendo y círculos de hierro calentados al rojo, siendo rechazados los católicos, que dejaron en los fosos á muchos de sus capitanes. Pero volvieron á la carga el 10, el 13 y el 14, repitiéndose en este último día el asalto hasta cinco veces.

Los sitiados esperaban un socorro; Montgomery anunciaba desde Inglaterra su próxima llegada con la flota que había reunido, y efectivamente el día 19 de abril presentóse á la entrada del abra; mas no intentó forzar el paso y no tardó en alejarse.

Los sitiados comenzaban á estar escasos de víveres y se alimentaban con mariscos y peces pescados en la rada.

El duque de Anjou había traído con la nobleza católica á los príncipes que habían abjurado ante los horrores de las matanzas de San Bartolomé. El rey de Navarra y el príncipe de Condé luchaban al lado del duque de Aumale, del duque de Guisa y de otros asesinos, como Maurevel y Cosseins. Los Montmorency estaban representados por Thuré, el más turbulento de los hijos del condestable, y por el nieto de éste, Turenne, que contaba diez y siete años; estos parientes de Coligny, aunque católicos, servían con poco entusiasmo á la política que aprovechaba á los Lorena, esos antiguos enemigos de su familia. Cuatrocientos hidalgos, que eran renegados de la fe protestante ó protestantes adictos al rey, como La Noue, aumentaban el carácter abigarrado de aquel ejército. Los católicos viejos tenían muy poca confianza en aquellos nuevos convertidos, quienes, á su vez, creían á los hombres de la jornada de San Bartolomé capaces de volver á empezar la matanza delante de la Rochela. A esas desconfianzas y á esos odios uníase la ambición del duque de Alenzón, tercer hijo de Catalina, que entonces contaba diez y ocho años y entendía que su madre y su hermano no le habían creado una situación digna de su cuna. Siendo todavía niño, aquel «negrito» había excitado el asombro y casi la admiración de Catalina por su turbulencia y sus pretensiones; había acogido con alegría la idea de un matrimonio con Isabel de Inglaterra, que tenía veintiún años más que él, sin que le pareciera impedimento la diferencia de religión, pues por una corona real habría sacrificado la misa. Coligny, que había adivinado sus apetitos de grandeza, se lo había hecho suyo prometiéndole un principado en Flandes; por esto la matanza de San Bartolomé, que echó por tierra sus esperanzas, prodújole un sacudimiento tal que su alma egoísta se enterneció y se atrevió á deplorar la muerte del almirante. Pero Carlos IX, sin preocuparse de sus decepciones ni de sus simpatías, envióle á servir, sin mando, á las órdenes del duque de Anjou. Su cuartel fué el punto de reunión de todos aquellos

que, hugonotes ó católicos, temían la caída de la Rochela y deseaban un cambio.

De allí partieron los avisos secretos que durante los largos meses de prueba sostuvieron el valor de los sitiados. Algunos amigos del duque de Alenzón, como Thoré y Turenne, le aconsejaban que se escapara del campamento y se formara un partido, y aun se trató de llegar á Saint-Jean-d'Angely y á Angulema, en donde los protestantes tenían inteligencias; pero esta idea fué abandonada por demasiado atrevida. Cuando se presentó Montgomery, el duque de Alenzón, el rey de Navarra, el príncipe de Condé y sus amigos pensaron en refugiarse á bordo de la flota y en ir á Inglaterra para reclutar un ejército; pero La Noue detuvo á los conjurados en el momento en que celebraban á caballo una última deliberación. Todas estas intrigas debilitaron el ataque; pero aun tuvieron una consecuencia más importante, cual fué la de preparar para una acción común á hombres de las dos religiones, es decir, á La Noue y á los amigos de los Montmorency y del duque de Alenzón. Así comenzaron las relaciones que terminaron en la alianza de los católicos moderados con los hugonotes y en la formación del «Partido de los políticos.» Aquella inteligencia no obedeció únicamente á razones de humanidad, sino que á ella contribuyeron tanto como el horror de las matanzas del 24 de agosto, las envidias de los grandes y de los príncipes.

El ejército católico, reforzado con algunos contingentes suizos, renovó su ataque el 26 de mayo; los rochelenses se defendieron «como perros rabiosos» y rechazaron el asalto, pero su situación era desesperada. Más de trescientos habitantes habían firmado una petición en demanda de la paz, habiendo sido preciso encarcelar «á los más grandes y más notables de la ciudad.»

Los sucesos de Polonia salvaron á la Rochela. Muerto en 7 de julio de 1572 el último de los Jagellones, la política francesa no podía consentir que aquella corona pasase á la casa de Austria. Catalina resolvió hacer rey de Polonia al duque de Anjou, para quien había ambicionado la mano de dos reinas, el gobierno de Avignón, un principado de Italia y hasta el trono de Argel, y envió á Monluc, obispo de Valence, á defender esta candidatura ante la dieta polaca. El embajador llegó casi al mismo tiempo que la noticia de las matanzas del 24 de agosto, noticia que produjo gran emoción en aquel país en donde los protestantes formaban una minoría respetable y la aristocracia, á excepción de algunos obispos, profesaba ideas de tolerancia. Monluc, al principio, creyó perdida la causa que le había sido encomendada, pero las faltas de sus adversarios y sus hábiles defensas le trajeron la opinión. En los relatos que hizo circular, suavizó el horror de los hechos, aminoró la responsabilidad de Carlos IX y del duque de Anjou y explicó los asesinatos en masa, diciendo que fueron medidas de precaución que el populacho, furioso, había violentado y desnaturalizado.

De los competidores serios de Enrique de Valois, el uno, el zar Iván *el Terrible*, repugnaba por su barbarie, y el otro, el archiduque Ernesto, era, en su calidad de alemán, odioso á aquellos eslavos, y como príncipe austriaco sospechoso á los ojos de un pueblo enamorado de la libertad; la manera como los Habsburgo habían

tratado á la Bohemia era una advertencia para los polacos. Estas antipatías, la esperanza de conseguir el apoyo del gran Señor, aliado de Francia, y finalmente el deseo de proporcionarse el dinero necesario para la creación de una marina nacional en el Báltico, hicieron al fin que la mayoría de la dieta se inclinara al príncipe francés; pero los protestantes y los patriotas se pusieron

sin demasiada vergüenza, la empresa de la Rochela, puesto que el rey de Polonia no podía encarnizarse contra una ciudad protestante. El 19 de junio, el duque de Anjou sabía su elección, y el 24 fijaba con los sitiados los principales artículos de un acuerdo por el cual se concedía á todos los protestantes la libertad de conciencia, pero sólo se autorizaba la libertad del culto



Juana de Albret

de acuerdo para limitar el poder del rey y estipularon las garantías más precisas en favor de la libertad religiosa; y antes de que el gran mariscal de la corona proclamara el resultado de la votación, Monluc, en nombre del rey Carlos IX y del rey elegido, hubo de aceptar las restricciones á la autoridad real y de jurar que «mantendría y conservaría la paz entre las diferentes religiones.» Además, como el embajador de Francia había presentado los asesinatos de San Bartolomé bajo el aspecto de crimen hijo del azar, se le exigió que firmara, en nombre de su soberano, la promesa de rehabilitar á las víctimas de las matanzas y de castigar á los autores de las mismas.

Este triunfo daba á la corte el medio de terminar,

en la Rochela, en Nimes, en Montaubán y en las casas de algunos señores justicias mayores. El día 6 de julio se levantó el sitio.

Sancerre continuaba resistiéndose. La Chatre, después de haber intentado tomarla por asalto, la bloqueó (marzo de 1573), construyendo alrededor de la ciudad fortines enlazados por medio de trincheras que hizo custodiar por centinelas y patrullas de caballería. Los sitiados padecieron los horrores del hambre y se comieron los asnos, los caballos, los gatos, los perros, los ratones y las hierbas de las murallas; los cueros, los pergaminos y hasta las «pezñas» y los «cuernos de buey» sirvieron para hacer caldo; se fabricó «pan de paja picada y de pizarra, mezclándolas con estiércol de caballo y con

todo lo que creían que tenía algún jugo;» y hasta hubo padres que desenterraron á su hija y se la comieron. Algunos fanáticos prolongaban la defensa resueltos «á morir de hambre uno tras otro y á sostenerse mientras hubiese media docena de personas antes que rendirse á los adversarios;» mas al fin fué preciso ceder y los sitiados obtuvieron la vida salva y la libertad del culto (19 de agosto). La ciudad se libró del saqueo mediante el pago de 40.000 libras; pero sus murallas fueron arrasadas y se le quitaron el reloj, las campanas y todos los demás distintivos de su dignidad de ciudad, «quedando reducida á una aldea semi arruinada,» é instalándose en el castillo una pequeña guarnición.

II.—El Mediodía protestante

En el Mediodía el particularismo provincial y el espíritu de independencia de la nobleza aseguraban un sólido punto de apoyo á la Reforma. En aquella región en donde habían prosperado en otro tiempo las herejías más audaces y sutiles; en donde la aridez dogmática se alía con los más ardientes entusiasmos, y la lógica con el éxtasis, la causa protestante encontró sus organizadores, sus políticos y sus salvadores. El reglamento en cuarenta artículos que fué llevado, según se dice, del Bearn á Millau, es una obra de sabiduría práctica animada por un impulso de entusiasmo: en él el legislador establece la organización de la defensa, define el papel respectivo de las ciudades y de los ejércitos, subordina los jefes de guerra al alcalde y al Consejo de las ciudades, ordena á los capitanes y á los soldados el ejercicio de las virtudes cristianas, y les manda, en nombre de Dios y del partido, que no opriman á la población campesina. Y de pronto el tono de aquel documento se eleva: «Teniendo la seguridad de que si así lo hacen, serán bendecidos y en los campos vivirán con toda seguridad; nada les espantará; el cuchillo asesino no pasará por su tierra; cinco de ellos perseguirán á cien enemigos y cien á diez mil. El Señor establecerá su alianza con ellos.»

Cuando Nimes y Montaubán todavía vacilaban (septiembre de 1572), había comenzado ya la guerra en los Cevenas. Los reformados del Gevaudán habíanse apoderado de Marvejols y de Florac, y sus correligionarios del Vivaraís, dueños del castillo de Chaylar, cerraban á los católicos la entrada de las montañas (noviembre de 1572) y aun habían descendido hasta el Ródano para ocupar Pouzin. Millau y Montaubán, al tener noticia de las matanzas de Tolosa, se declararon en abierta rebelión (6 de octubre de 1572).

El rey ordenó al gobernador del Langüedoc que se pusiera en marcha. Damville ya no era el católico furioso cuyo celo había tenido que moderar tantas veces la corte, pues la matanza de San Bartolomé, la muerte de Coligny, pariente suyo, y el gran favor de que gozaban los Guisa le habían enfriado y hecho entrar en desconfianza; así es que ejecutó las órdenes con más conciencia que pasión. Nimes, cuya rendición intimó, se negó á rendirse (noviembre de 1572) y entonces Damville atacó metódicamente las pequeñas plazas que le servían de baluartes, á saber, Cauvissón y Montpezat, y después de haberlas sometido, fué á poner sitio á Sommieres (11 de febrero de 1573). A todas sus proposi-

ciones respondieron los sitiados con silbidos; y cuando faltó en la plaza la pólvora, ciento seis cevenneses cargados de municiones forzaron el bloqueo. Llevaban en el sombrero una cuchara de estaño (acaso en recuerdo de los Mendigos) con inscripciones características: Para ir á Sommieres—Salud por Jesucristo.—Es preciso pasar trabajos para beber agua viva. Después de dos meses de sitio, la guarnición obtuvo autorización para retirarse salvando la vida y los bagajes (8 de abril).

Aquella operación había agotado las fuerzas y los recursos de los sitiadores. La inacción á que por su debilidad se veía Damville sujeto respondía tal vez á sus secretos deseos; el hecho es que aceptó las proposiciones que le hicieron los protestantes y firmó con ellos una tregua de un mes, y si bien cuando ésta hubo terminado, empuñó de nuevo las armas, fué para rendirlas casi inmediatamente, después de haber hostilizado Nimes durante algún tiempo (junio-julio 1573).

En el entretanto los rochelenses se habían obligado, aunque sin poderes para ello, en nombre de todo el partido. El Edicto de Boloña (julio de 1573), que contenía las condiciones de su convenio con el rey, concedía á Nimes y á Montaubán, al igual de la Rochela, la libertad de conciencia y del culto, pero á los demás reformados la libertad de conciencia tan sólo. Los mismos hidalgos y otros señores justicias mayores únicamente obtenían el derecho de celebrar el culto en sus casas si habían combatido con los habitantes de las tres ciudades, y aun en los casamientos y en los bautizos no podían admitir más de diez personas, «además de los parientes, padrinos y madrinas.» Aquellas condiciones habían de parecer duras si se las comparaba con los precedentes edictos de pacificación, pero después de la jornada de San Bartolomé, en que se había comprometido la existencia misma del partido, señalaban una nueva derrota de la política de intolerancia. Ni la guerra, ni las matanzas, ni la fuerza, ni la astucia habían podido acabar con la masa calvinista; la causa estaba bien viva y salía de la crisis más fuerte y más llena de confianza. El peligro había sido tan grande, que la Providencia de Dios se había manifestado visiblemente. «Así, pues, esta cuarta guerra es más admirable que las tres anteriores, por la razón de que con medios de ninguna apariencia ha hecho Dios cosas tan grandes. Y puede decirse que no se vieron claramente tantas maravillas mientras los príncipes, el almirante y otros señores, acompañados de notables socorros de los príncipes extranjeros, estaban en campaña: de tal suerte que parecía que los brazos de los hombres eran como un velo entre la mano de Dios y su Iglesia afligida...» Es el canto de victoria de la democracia calvinista.

Los protestantes del Mediodía se quejaron de las condiciones de la paz y siguieron levantados en armas, reforzando su organización militar. El Langüedoc fué dividido en dos grandes gobiernos, Montaubán y Nimes, que fueron confiados al vizconde de Paulin y á Saint-Romain, cada uno de ellos asesorado y fiscalizado por un consejo. Estos Consejos de gobierno ó Estados del país debían, en los asuntos importantes, consultar con los Estados particulares de cada diócesis. Todas estas asambleas eran elegidas y representaban al lado y por encima de los jefes militares á la nación protestante. Los Consejos de gobierno tenían á su cargo el manejo

de la hacienda é imponían tributos á las ciudades y á las aldeas sin distinción de religión; «y los católicos, en su mayoría, se conformaban con este yugo por miedo de más ruda paliza.» Con estas contribuciones y con las rentas de los beneficios eclesiásticos pudieron los reformados guarnecer algunas plazas y preparar una leva de 20.000 hombres.

Entonces hablaron claramente. La asamblea del gobierno de Nimes envió al rey una diputación compuesta de Yolet, Philippi y Chavagnac, para pedir el libre ejercicio de la religión en todo el reino, el entretenimiento á cargo del monarca de una guarnición protestante en todas las ciudades fuertes ocupadas por el partido y la cesión de otras dos plazas de seguridad en cada provincia.

La Asamblea del gobierno de Montaubán fué más exigente todavía, pues quería que el rey castigara á los asesinos y rehabilitara á Coligny, á La Rochefoucauld, á Bricquemault, á Cavagnes y á otras víctimas del 24 de agosto, que aprobara y declarara legítima la resistencia de los protestantes y que execrara la matanza. «Que si se considera malo é indigno de vuestra real grandeza hacer franca significación y protesta de tal pesar, sería (bajo corrección) hacer mayor agravio primeramente á Dios, luego á vuestra conciencia, á vuestro honor y sinceridad, á vuestra justicia y real empleo.» Carlos IX debía sentirse maravillado «de la singular y admirable bondad de Dios» que le había conservado sus súbditos protestantes «tal como haría un buen padre de familia en su casa cuando después de haber visto asesinar en su presencia á algunos de sus hijos naturales, en manifiesto peligro de entera ruina, ve que por la gracia de Dios son puestos en bueno y seguro estado los hijos que le quedan y su casa.»

«Queda el punto principal,» seguía diciendo la petición; y era la orden respetuosamente dirigida al rey para que se uniera con los príncipes protestantes, potentados, repúblicas de Alemania, Suiza, Inglaterra y Escocia en condiciones tales que los aliados se prestaran mutua ayuda en caso de disturbios interiores y que si uno de ellos faltaba á su compromiso, los demás podrían intervenir para obligarle á cumplirlos. Los derechos de la minoría francesa disidente serían puestos bajo la protección é intervención de la Europa protestante.

La fecha del documento, 24 de agosto (1573), aniversario de la matanza de San Bartolomé, era por sí sola bastante elocuente.

Nunca había escuchado Catalina semejante lenguaje: «Si Condé viviese todavía y estuviese en el corazón de Francia con 20.000 caballos y 50.000 infantes, no pediría la mitad de lo que esos miserables tienen la insolencia de pedirnos.» Podía convencerse de que la jornada de San Bartolomé no había puesto término á nada; es más, la misma desaparición de los jefes protestantes aumentaba las dificultades de su gobierno, pues las negociaciones eran mucho más fáciles con los príncipes ó con Coligny, cuando sólo había que persuadir ó engañar á unas pocas personas. En cambio, ahora era preciso tratar con las comunidades protestantes, compuestas de gente insignificante y resuelta que sentían una desconfianza invencible contra la reina madre; y en esta masa no hacían mella alguna las promesas vagas, la se-

guridad de las santas intenciones, las caricias, las sonrisas, en una palabra, todo ese arte femenino en el que Catalina era maestra consumada. Los delegados eran «hombres de talento que sabían lo que es la corte,» y se negaban á oír contraproposiciones, á discutir las, á negociar un compromiso, consintiendo únicamente en transmitir á las asambleas la respuesta del rey. Carlos IX, no atreviéndose á rechazar las peticiones y no pudiendo, sin oprobio, aceptarlas, procuraba ganar tiempo; así es que encargó á Damville que prosiguiese las negociaciones con los protestantes (18 de octubre) y aplazó su



Moneda de Carlos IX

resolución para después del viaje que iba á emprender al Este con objeto de acompañar hasta la frontera al nuevo rey de Polonia.

III.—Los complots del duque de Alençon

El duque de Anjou sentía tener que dejar la corte de Francia, su partido y á la princesa de Condé de la que estaba locamente enamorado; y su madre ya no era sensible más que á la pena de la separación. La actitud de los polacos le revelaba un pueblo de carácter independiente y altivo; habían invitado al nuevo rey á que jurase las libertades que garantizaban las libertades religiosas, y habiendo él protestado contra tal exigencia, Juan Zborowsky le planteó claramente la alternativa: *Jurabis aut non regnabis*. Catalina y el duque de Anjou comenzaban á añorar su felicidad.

La salud del rey les inspiraba inquietudes y les infundía esperanzas. La fiebre minaba á Carlos IX cuyo cuerpo se había encorvado y que á la edad de veintidós años parecía un viejo. Catalina quería ganar tiempo y retener á su lado durante todo el invierno al rey de Polonia, pero Carlos IX, que detestaba á aquel hermano predilecto de su madre, declaró que Enrique ó él saldrían del reino.

A fines de septiembre, marchóse la corte á Fontainebleau, desde donde se encaminó á la frontera de Lorena. El rey había puesto gran empeño en acompañar á su hermano, sin duda para estar más seguro de su partida, pero en Vitry se vió obligado á guardar cama. El duque de Anjou hubiera querido obtener un nuevo plazo, pues los Guisa reclutaban hombres y corría el rumor de que de grado ó por fuerza retendrían al jefe del partido católico; mas el enfermo mostró más interés que nunca en apresurar la marcha y puso tanta afectación en su despedida, que los que la presenciaron adivinaron fácilmente la satisfacción que se escondía bajo aquellos gritos y lamentos. El rey de Polonia, seguido de la corte y siempre acompañado de su madre, se dirigió hacia Nancy y la frontera de Lorena.

Catalina había dado cita en Blamont á Ludovico de